-¡Caramba! Si quereis, yo le cogeré y os le traeré, dijo Rosa.

-¡No! ;no! Así que se abra, ponedle bien á la sombra, Rosa, y en el mismo instante enviad á Harlem á decir al presidente de la sociedad de horticultura que ha florecido el gran tulipan negro. Bien sé que Harlem está lejos, pero con dinero hallareis un mensajero. ¿Teneis dinero, Rosa?

-Sí, dijo.

-¿Es regular el óvalo? cestá llega el ciliadeo? las -¿Bastante? preguntó Cornelio.

-Tengo trescientos florines.

-¡Oh! Si teneis trescientos florines no debeis enviar un mensajero, debeis ir vos misma, Rosa. que debian entreabrirse las puertas.

_Pero durante ese tiempo, la flor. . . .

-¡Oh! La flor os la llevareis, pues ya comprendeis que no debeis separaros de ella un instante.

-Pero aunque no me separo de ella tendré que separarme de vos, dijo Rosa con tristeza.

=1Ah! Verdad es, mi dulce y adorada Rosa. ¡Dios mio! ¡qué malos son los hombres! . . . ¿qué les he hecho, y porque me han privado de la dibertad? Teneis razon, Rosa, que no podria vivir sin vos. Pues bien; enviareis alguno á Harlem. El milagro es bastante grande para que el presidente se moleste y venga él mismo á Loewestein por el tulipan.

Paróse de súbito, y luego murmujeó con voz trémula:

-¡Rosa! ¡Rosa! si no fuese negro.

-: Caramba! Lo sabreis mañana ó pasado mañana por la noche.

-¡Aguardar hasta la noche para saberlo, Rosat me moriré de impaciencia ¿No podriamos quedar convenidos en una señal?

-(Oh! No hay angel que se os pueda con

Ross apriximo su meilla no per reconitica

-Haré todo lo que pueda.

-¿Qué hareis?

-Si se abre por la noche, vendré yo misma á decíroslo; si por el dia, pasaré por delante de esta puerta y os deslizaré un billete por debajo de ella ó por el postiguillo entre la primera y la segunda inspeccion de mi padre.

-10h! Rosa, eso es. Una palabra vuestra anunciándome esa noticia, es decir, una doble felicidad.

-Están dando las diez, dijo Rosa, y tengo que dejaros.

-1Sí! Isí! dijo Cornelio. ¡Sí! retiraos, Rosa, retiraos.

Rosa se retiró cási triste.

Cornelio cási la habia despedido.

Verdad es que lo hacia para que fuera á velar sobre el tulipan.



EL ENVIDIOSO. TEM Y AUTH A 1981

cuidado. Es el barquero de Locwestein, mozo de veintlein-

Come conmigo mismer si so se lo mandase, se arrojeria de su barca al

a led cuidade, dijo Rosa riendo; aun no tiene la edad, puesto que vos

NOCHE bien grata y al mismo tiempo bien agitada fué la que pasó Cornelio. A cada instante le parecia oir la dulce voz de Rosa que le llamaba, despertaba sobresaltado, corria á la puerta y acercaba la cara al postiguillo; pero el postiguillo estaba solitario y el corredor vacío.

Sin duda Rosa velaba tambien por su parte; pero mas dichosa que él, velaba sobre el tulipan, tenia allí á la vista la noble flor, esa maravilla de las maravillas, no solo desconocida aun sino creida imposible.

¿Qué diria el mundo cuando supiese se habia hallado el tulipan negro, que existia, y que era el preso van Baerle el que le habia hallado?

¡Con qué orgullo hubiera despachado Cornelio á cualquiera que fuese á proponerle la libertad en cambio de su tulipan!

Amaneció sin ocurrir ninguna novedad; el tulipan no habia florecido aun. El dia pasó como la noche.

Llegó la noche y con la noche Rosa llena de alegría, ligera como una ave.

-¿Y bien? preguntó Cornelio. -Y bien; todo va á las mil maravillas. Esta noche florecerá nuestro tulimuy perticularmente, Rosa, que no dejeis que nadie le vea antes congon naq

FIN DE LA SEGUNDA PARTE. DE SE UN DE LOS COMOS DE SOLO

- -¿Y florecerá negro?
- -Negro como el azabache.
- -¿Sin una solo mancha de otro color?
- -Sin una sola mancha.
- -¡Bondadoso cielo! Rosa, he pasado toda la noche soñando, primero

Rosa hizo un pequeño signo de incredulidad.

- -Luego en lo que debiamos hacer.
- -¿Y qué?
- -¡Y quét Hé aquí lo que he decidido. El tulipan florecerá; cuando esté bien probado que es negro, y perfectamente negro, necesitais buscar un men-
 - -Si no es mas que eso, tengo ya hallado el mensajero.
 - -¿Un mensajero seguro?
 - -Un mensajero de quien respondo, uno de mis apasionados.
 - -Supongo que no es Jacobo.
- -No, perded cuidado. Es el barquero de Loewestein, mozo de veinticinco á veintiseis años y muy avisado.
 - Diablo!
- -Perded cuidado, dijo Rosa riendo; aun no tiene la edad, puesto que vos mismo habeis fijado la de veintiseis á veintiocho años.
 - -En fin, ¿creeis que podeis contar con ese jóven.
- -Como conmigo misma; si yo se lo mandase, se arrojaria de su barca al Vahal ó al Mosa, á mi eleccion.
- -Pues bien, Rosa; en diez horas, esc jóven puede estar en Harlem; me dareis un lápiz y papel, aun seria mejor una pluma y tinta, y escribiré, ó mas bien escribireis vos, pues si escribiese yo, pobre preso, quizás verian en esto una conspiracion como las ve vuestro padre. Escribireis al presidente de la Sociedad de horticultura, y estoy seguro de que vendrá.
 - -Pero ¿si tarda?
- -Suponed que tarde un dia, dos aun, aunque es imposible, porque un aficionado á tulipanes como el no tardará una hora, un minuto, un segundo en ponerse en camino, para venir á ver la octava maravilla del mundo. Pero, como decia, supongamos que tarde un dia, dos; el tulipan se hallaria aun en todo su esplendor. Visto el tulipan por el presidente, y extendida la diligencia por él, es negocio concluido: vos, Rosa, guardais un ejemplar de esa diligencia, y le confiais el tulipan. 1Ah! si hubiésemos podido llevar el tulipan nosotros mismos, Rosa, no se habria separado de mis brazos sino para pasar á los vuestros; pero ese es un sueño en que no hay que pensar, prosiguió Cornelio suspirando; otros ojos le verán marchitarse. ¡Oh! debo advertiros muy particularmente, Rosa, que no dejeis que nadie le vea antes que el pre-

sidente. ¡Dios mio! . . ; el tulipan negro! . . . ¡Si alguno le viese, le robaria!

- -;0h!
- -¿No me habeis dicho vos misma lo que temiais respecto de vuestro apasionado Jacobo? se roba un florin, ¿por qué no se robarian cien mil?
 - -Perded cuidado, yo estaré alerta.
 - -¿Si mientras estais aqui se le antojase abrirse?
 - -Muy capaz es el capricho, dijo Rosa.
 - -¿Si le halláseis abierto al entrar?
 - -¿Y qué?
- -Rosa, desde el momento en que se abra, recordad que no debeis perder un instante en prevenir al presidente.
- -Y en preveniros á vos. . . Sí, ya comprendo.

Rosa suspiró, pero sin amargura y como una mujer que principia á comprender una debilidad, si no á habituarse á ella.

- -Me vuelvo al lado del tulipan, Mr. van Baerle, y tan luego como se abra sereis avisado, y así que esteis avisado, el mensajero se pondrá en marcha.
- -IRosal ¡Rosa! Ya no sé á qué maravilla del cielo ó de la tierra compa-
- -Comparadme al tulipan negro, y os juro que quedaré bien lisonjeada. Pero acabemos: ¡hasta la vista, Mr. Cornelio!
 - -¡Ah! decid: thasta la vista, amigo miot
 - -Hasta la vista, amigo mio, dijo Rosa algo consolada.
 - -Decid: ¡mi amigo muy amado!
 - -¡Oh! mi amigo. . . .
- -IMuy amado, Rosa! os lo suplico; imuy amado, muy amadot ¿no es
- -- ¡Muy amado, sí, muy amado! replicó Rosa palpitante, embriagada y loca de alegría.
- -Entonces, Rosa, ya que habeis dicho muy amado, decid tambien muy dichoso; decid dichoso cual jamás hombre alguno lo ha sido en este mundo. Solo una cosa me falta, Rosa.
 - -¿Cuál?
- -Vuetra mejilla, vuestra fresca y sonrosada mejilla. . . . ¡Oh! ¡Rosa, por vuestra voluntad, y no por sorpresa ni por acaso!

El preso terminó su súplica con un suspiro: acababa de encontrar los labios de la jóven, no por accidente, ni por sorpresa, como cien años mas tarde debia encontrar Saint Preux los labios de Julia.

Rosa se retiró corriendo.

Cornelio se quedó con el alma suspendida de sus labios y la cara pegada al postiguillo. 16

Cornelio se ahogaba de alegría y felicidad. Abrió su ventana y contempló largo rato, con el corazon henchido de gozo, el azul sin nubes del cielo y la luna que arjentaba el doble rio que corria mas allá de las colinas, y se llenó los pulmones de aire generoso y puro, el espíritu de gratas ideas, y el alma de gratitud v admiracion religiosa.

-10h! Vos estais siempre presente á todas las cosas; ¡Dios mio! exclamó medio prosternado y los ojos vueltos al cielo. ¡Perdonadme de haber cási dudado de vos en estos últimos dias; os ocultábais tras vuestras nubes, y un instante he cesado de veros, Dios de bondad, Dios eterno y misericordioso! Pero hoy. . . . esta noche. . . . joh! tos veo en el espejo de vuestros cielos, y sobre todo en el espejo de mi alma!

El pobre enfermo estaba curado; el infeliz preso era libre.

Durante una parte de la noche, Cornelio permaneció suspendido de las barras de su ventana, con el oido en acecho, y concentrando sus cinco sentidos en uno solo, ó mas bien en dos: miraba y escuchaba.

Miraba al cielo, y escuchaba la tierra.

Luego, volviendo de vez en cuando la vista hácia el corredor, decia:

-Allá bajo está Rosa, Rosa que vela como vo, v como vo aguarda de minuto en minuto. Allá, á la vista de Rosa, está la misteriosa flor que vive y se está abriendo ya. Quizás en este momento Rosa tiene entre sus delicados dedos el tallo del tulipan. . . . ¡Tócalo suavemente, Rosa! Tal vez está tocando con sus labios su caliz entreabierto. . . ; huélele con precaucion, Rosa, tus labios abrasan. ¡quizás en este momento mis dos amores se están acariciando bajo la mirada de Dios!

En ese momento, brillo una estrella en el mediodía, atravesó todo el espacio que separaba el horizonte de la fortaleza y vino á posarse sobre Loewestein. Cornelio se estremeció.

-: Ah! exclamó. ¡Dios envia una alma á mi flor!

Y como si hubiese adivinado, cási en el mismo momento ovó en el corredor pasos lijeros como los de una sílfide, el roce de un vestido que parecia el aleteo de un pájaro, y una voz muy conocida que decia:

-Cornelio, mi amigo, mi amigo muy amado y muy feliz, venid, venid pronto.

Cornelio se plantó de un salto desde la ventana al postiguillo, y esa vez tambien sus labios encontraron los labios murmurantes de Rosa que le decia en un beso:

-Se ha abierto, es negro, y aquí está.

-; Cómo, aquí está! exclamó Cornelio separando sus labios de los de la jóven.

-¡Sí! ¡sí! justo es exponerse á un pequeño peligro por causar una grande alegria: aquí está.

Y con una mano levantó á la altura del postiguillo una linternita sorda que acababa de hacer luminosa, mientras con la otra mano levantaba á la misma altura el milagroso tulipan.

Cornelio lanzó un grito y estuvo á punto de desmayarse.

-¡Oh! murmujeó. ¡Dios mio! Vos me recompensais mi inocencia y mi cautiverio, puesto que habeis hecho nacer estas dos flores aqui al lado de mi prision.

-Besadle, dijo Rosa, como acabo de besarle yo.

Cornelio, reteniendo la respiracion, tocó la fior con la punta de sus labios, y jamas beso dado á los labios de una mujer, aun á los de Rosa, le penetró tan profundamente en el corazon.

El tulipan era bello, espléndido, magnífico: su tallo tenia mas de diez y ocho pulgadas de altura, se lanzaba del seno de cuatro hojas verdes, lisas y derechas como lanzas, y toda su flor era negra y brillante como azabache.

-Rosa, dijo Cornelio jadeando, no hay que perder un instante, es preciso escribir la carta.

-Está ya escrita, mi muy amado Cornelio, respondió Rosa.

-¿De veras?

-Mientras se abria el tulipan, escribia yo, porque no queria que se perdiese un solo instante. Ved la carta y decidme si está bien.

Cornelio tomó la carta y leyó en una letra que aun habia hecho grandes progresos desde las últimas líneas que habia recibido de Rosa:

« Señor presidente:

« Dentro de dos minutos quizás estará abierto el tulipan negro. Así que lo esté, os enviaré un mensajero para suplicaros tengais á bien venir en persona á buscarle á la fortaleza de Loewestein. Soy hija del carcelero Grifus, cási tan presa como los que custodia mi padre. Este es el motivo porque os suplico tengais á bien venir á buscarle en persona.

" Deseo que se llame Rosa Barlænsis.

« Acaba de abrirse, y es perfectamente negro. Venid, señor presidente,

« Tengo el honor de ser vuestra humilde servidora. - Rosa Grifus.

-¡Eso es! eso es, adorada Rosa. Esta carta está admirable, y no la habria escrito yo tan bien y con esa sencillez. Dareis al congreso todos los datos que se os pidan. Se sabrá como ha sido creado el tulipan, á cuantos cuidados, vijilias y temores ha dado lugar; pero, por ahora, no hay que perder un instante, Rosa. . . . ¡el mensajero, el mensajero!

-¿Cómo se llama el presidente?

-Dadme la carta, para que yo ponga el sobre. . . ; Oh! El presidente es bien conocido; es mynheer Van Systems, el burgomaestre de Harlem. . . Dadme la carta, Rosa, dadmela.

Y con mano trémula Cornelio escribió en el sobre:

«A mynheer Peters'Van Siystens, burgomaestre y presidente de la Sociedad de horticultura de Harlem. »

-Ahora, id Rosa, id, dijo Cornelio; y pongámonos bajo el amparo de Dios, que tan bien nos ha amparado hasta ahora.



MB.

EL ENVIDIOSO.

(CONTINUACION.)

Los pobres jóvenes en efecto necesitaban bien la proteccion directa del Señor.

Jamás habian estado tan cerca de la desesperacion como en ese mismo momento en que se creian seguros de su felicidad.

No dudaremos de la inteligencia del lector hasta el punto de creer que no hava reconocido en Jacobo á nuestro antiguo Isaac Boxtel.

De consiguiente el lector ha adivinado que Boxtel habia seguido desde Brytenhoff á Loewestein al objeto de su amor y al de su odio.

Al tulipan negro y á Cornelio van Baerle.

Lo que ningun otro que un tulipanero, y un tulipanero envidioso, habria podido descubrir jamás, esto es, la existencia de las cebolletas y la ambicion del preso, la envidia habia hecho á Boxtel si no descubrirlo á lo menos adivinarlo.

Hémosle visto, mas afortunado con el nombre de Jacobo que con el de Isaac hacer amistad con Grifus, cuya gratitud y hospitalidad regó durante algunos meses con el mejor ginebra que jamás se ha fabricado desde el Toxel hasta Ambéres.

Boxtel adormeció sus desconfianzas, porque, como hemos visto, el viejo Grifus era desconfiado; decimos que adormeció sus desconfianzas lisonjeándole con una alianza con Rosa.

Además acarició sus instintos de carcelero, después de haber lisonjeado su orgullo de padre. Acarició sus instintos de carcelero pi ándole bajo los colores mas sombríos al sabio preso que Grifus tenia bajo sus cerrojos, y que?

á decir del supuesto Jacobo, habia hecho un pacto con Satanás para hacer daño á S. A. el príncipe de Orange.

Al principio habia tenido buen éxito cerca de Rosa, no inspirándole sentimientos simpáticos, pues Rosa habia amado siempre muy poco á mynheer Jacobo, sino que hablándose de matrimonio y pasion loca, habia desechado al principio todas las sospechas que ella hubiera podido concebir.

Hemos visto cómo su prudencia en seguir á Rosa al jardin le habia denunciado á los ojos de la jóven, y cómo los temores instintivos de Cornelio habian puesto á este y aquella en guardia contra él.

Lo que mas particularmente habia inspirado inquietudes al preso, debe recordarlo el lector, fué aquella grande cólera de que Jacobo se habia dejado llevar contra Grifus con motivo de la cebolleta despachurrada.

En ese momento, su rabia era tanto mayor, porque Boxtel sospechaba que Cornelio tenia una segunda cebolleta, pero no estaba seguro de ello.

Entonces fué cuando espió á Rosa, y la siguió no solo al jardin, sino tambien á los corredores.

Solo que entonces, como la seguia por la noche y descalzo, uno é visto n i sentido, escepto la vez en que Rosa creyó ver pasar por la escalera alguna co-sa como una sombra.

Pero era demasiado tarde, pues Boxtel habia sabido de boca del mismo preso la existencia de la segunda cebolleta.

Engañado por la astucia de Rosa, que habia aparentado sepultarla en el acirate del jardin, y no dudando que esa comedia habia sido representada para forzarle á descubrirse, redobló sus precauciones y puso en juego todas las astucias de su alma para seguir espiando á los otros sin que le espiasen á él.

Vió á Rosa trasportar un grande tiesto de porcelana de la cocina de su padre á su cuarto.

Vió á Rosa lavar con fuerza de agua sus lindas manos llenas de la tierra que ella habia amasado, para preparar al tulipan la mejor cama posible.

En fin, alquiló en un desvan un cuartito que caia precisamente frente á la ventana de Rosa, y que estaba bastante apartado para que no pudiese reconocerle á la simple vista, pero bastante cerca para que, con el auxilio de su telescopio, pudiese él observar todo lo que pasaba en Loewestein en el cuarto de la jóven, como habia observado en Dordrecht todo lo que pasaba en el laboratorio de Cornelio.

No hacia tres dias que se hallaba instalado en su desvan, cuando ya no le quedó la menor duda.

Desde la mañana al salir el sol, el tiesto de porcelana estaba á la ventana, y semejante á esas hechiceras mujeres de Mieris y de Metzu, Rosa se aparecia tambien á esa ventana en medio del marco que le formaban las primeras ramas verdes de la dulcamara y la madreselva.

Lo que el tiesto encerraba era pues la segunda cebolleta, es decir, la suprema esperanza del preso.

Guando las noches amenazaban ser demasiado frias, Rosa retiraba el tiesto.

Eso era justamente; seguia los consejos de Cornelio, que temia se helase la cebolleta.

Cuando el sol se puso mas caliente, Rosa retiraba el tiesto desde las once de la mañana hasta las diez de la noche.

Eso era tambien precisamente: Cornelio temia que la tierra se quedase muy seca.

Pero cuando salió de tierra la lanza de la fior, Boxtel quedó enteramente convencido, pues apenas tenia una pulgada de altura, cuando, con el auxilio del telescopio, el envidioso no tenia ya la mas ligera duda.

Cornelio poseia dos cebolletas, y la segunda había sido confiada al amor y á los cuidados de Rosa.

Porque, como se debe suponer, no se habia escapado á Boxtel el amor de los dos jóvenes.

De consiguiente era preciso hallar el medio de arrebatar esa segunda cebolleta á los cuidados de Rosa y al amor de Cornelio.

Solo que la cosa no era fácil.

Rosa velaba sobre su tulipan, como una madre vela sobre su hijo; ó mejor aun, como una paloma empolla sus huevos.

Rosa no abandonaba el cuarto durante el dia; hacia mas, no le abandonaba por la noche.

Durante siete dias, Boxtel espió inútilmente á Rosa, pues esta no volvió á salir de su cuarto.

Eran los siete dias de enojo que tan desgraciado habian hecho á Cornelio, arrebatándole á la vez todas las noticias de Rosa y de su tulipan.

¿Iba Rosa á estar eternamente de hocico con Cornelio? Eso hubiera hecho el robo mucho mas difícil que al principio habia creido mynheer Isaac.

Decimos el robo, porque Isaac se habia fijado en el proyecto de robar el tulipan, y como este crecia en el mas profundo misterio, como los dos jóvenes ocultaban su existencia á todo el mundo, como lo creerian mas bien á él, tulipanero reconocido, que á una jóven extraña á todos los detalles de la horticultura, ó que á un preso condenado por el crímen de alta traicion, vigilado y espiado, y que reclamaria mal desde su calabozo; y por otra parte, como él seria el poseedor del tulipan, y en materia de muebles y otras cosas trasportables, la posesion prueba la propiedad, obtendria indudablemente el premio, seria de seguro coronado en lugar de Cornelio, y el tulipan, en vez de llamarse tulipa nigra Barlænsis, se llamaria tulipa nigra boxtellensis ó boxtetla.

Minheer Isaac no se habia fijado aun sobre cual de estos dos nombres debia ser preferido; pero como ambos significaban la misma cosa, no era ese el punto importante.

El punto importante era robar el tulipan.

Pero para que Boxtel pudiese robar el tulipan, era preciso que Rosa saliera de su cuarto.

Así Isaac, ó Jacobo si se quiere, vió con una verdadera alegría que se anudaban las citas nocturnas de costumbre.

Boxtel principió por aprovecharse de la ausencia de Rosa para estudiar su puerta.

La puerta cerraba bien y con llave, por medio de una cerradura sencilla, pero cuya llave solo tenia Rosa.

Boxtel tuvo la idea de robar la llave de Rosa, pero sobre que no era fácil el registrar el bolsillo de la jóven, en cuanto Rosa advirtiese que habia perdido su llave, mandaria cambiar la cerradura, no saldria de su cuarto hasta que estuviese cambiada, y Boxtel habria cometido un crimen sin fruto.

De consiguiente valia mas emplear otro medio.

Boxtel reunió todas las llaves que pudo hallar, y las probó todas mientras Rosa y Cornelio pasaban al postiguillo una de sus horas dichosas.

Dos llaves entraron en la cerradura, una de ellas dió la primera vuelta y no se paró sino á la segunda.

De consiguiente habia que hacer muy poca cosa para dejar corriente esta llave.

Boxtel la cubrió de una lijera capa de cera y renovó la esperiencia.

El obstáculo que la llave habia encontrado en la segunda vuelta habia quedado marcado en la cera.

Boxtel no tuvo mas que seguir esa marca con una lima estrecha como la hoja de un puñal.

Con otros dos dias de trabajo Boxtel dejó su llave perfecta.

La puerta de Rosa se abrió sin ruido ni esfuerzos, y Boxtel se halló en el cuarto de la jóven á solas con el tulipan.

La primera accion punible de Boxtel habia sido pasar por encima de una pared para desenterrar el tulipan; la segunda habia sido penetrar en el secadero de Cornelio por una ventana abierta, y la tercera el introducirse en el cuarto de Rosa con una llave falsa.

Como se ve, la envidia hacia dar á Boxtel pasos rápidos en la carrera del

Boxtel se halló pues á solas con el tulipan.

Un ladron ordinario habria tomado el tiesto bajo el brazo y se le habria llevado.

Pero Boxtel no era un ladron ordinario, y reflexionó.

Reflexionó mirando el tulipan con el auxilio de su linterna sorda, que aun no estaba bastante adelantado para darle la certeza de que floreceria negro, aunque las apariencias ofreciesen todas las probabilidades.

Reflexionó que si no florecia negro, ó si florecia con una sola mancha cualquiera, habria cometido un robo inútil.

Reflexionó que se propalaria el rumor de ese robo, que sospecharian que era él el ladron por lo que habia pasado en el jardin, que harian pesquisas, y que, por bien que ocultase el tulipan, era posible hallarle.

Reflexionó que aun cuando ocultase el tulipan de manera que no se hallase, podria sucederle alguna desgracia en todos los trasportes que el tulipan tendria que sufrir.

Reflexionó en fin que, puesto que tenia una llave del cuarto de Rosa y podia entrar cuando quisiera, valia mas aguardar su florecencia, cogerle una hora antes que se abriese ó una hora después, y partir en el instante para Harlem donde el tulipan estaria delante de los jueces aun antes que se hubiese hecho ninguna reclamacion.

Entonces á aquel ó aquella que reclamase, Boxtel le acusaria del robo.

Era un plan bien concebido y digno en todo del que le concebia.

Así todas las noches, durante aquella dulce hora que los jóvenes pasaban aj postiguillo, Boxtel entraba en el cuarto de Rosa, no para violar el santuario de virginidad, sino para observar los progresos que hacia el tulipan en su florescencia.

La noche á que hemos llegado, iba á entrar como las otras, pero, como hemos visto, los jóvenes no habian hecho mas que cambiar algunas palabras, y Cornelio habia despedido á Rosa para velar sobre el tulipan.

Al ver á Rosa entrar en su cuarto diez minutos después de haber salido, Boxtel comprendió que el tulipan habia florecido ó iba á florecer.

De consiguiente iba á jugarse la grande partida en esta noche. Así Boxtel se presentó en la habitacion de Grifus con una provision de ginebra mitad mayor que de costumbre.

Es decir con una botella en cada bolsillo.

Borracho Grifus, Boxtel era cási dueño de la casa.

A las once, Grifus estaba borracho como una cuba. A las dos de la mañana, Boxtel vió á Rosa salir de su cuarto, pero visiblemente tenia en sus brazos un objeto que llevaba con precaucion.

Aquel objeto era sin duda el tulipan negro que acababa de florecer.

Pero ¿qué iba hacer de él?

¿Iba á partir con él en el mismo instante para Harlem?

No era posible que una jóven emprendiese sola y por la noche semejante

¿Iba solamente á enseñar el tulipan á Cornelio? Era posible.

Boxtel siguió á Rosa delcalzo y de puntillas.

La vió acercarse al postiguillo.

La ovó llamar á Cornelio.

A la luz de la linterna sorda, vió el tulipan abierto, y negro como las tinieblas en que él estaba oculto.

Vió los labios de los dos jóvenes tocarse, y luego oyó á Cornelio despedir

Vió á Rosa apagar la linterna sorda y tomar el camino de su cuarto.

La vió entrar en él.

Luego, al cabo de dos minutos, la vió salir de su cuarto y cerrar cuidadosamente la puerta con llave.

¿Por qué cerraba aquella puerta con tanto cuidado? Porque dejaba dentro el tulipan negro.

Boxtel, que veia todo eso oculto en el descanso del piso superior al cuarto de Rosa, bajó un escalon de su piso cuando Rosa bajaba otro del suyo.

De suerte que, cuando Rosa tocaba á la última grada de la escalera con su ligero pié, Boxtèl, con una mano mas ligera aun, tocaba á la cerradura del cuarto de Rosa.

Y en esa mano se hallaba la llave falsa que abria la puerta de Rosa con la misma facilidad que si fuese la llave verdadera.

Hé aquí por qué hemos dicho al principio de este capítulo que los pobres jóvenes necesitaban bien la proteccion directa del Señor.



EN QUE EL TULIPAN NEGRO CAMBIA DE DUEÑO.

DE habia quedado Cornelio eu el sitio donde le habia dejado Rosa, buscando en si cási inútilmente fuerzas para soportar el peso de su felicidad.

Trascurrió media hora.

Ya entraban los primeros rayos del sol, azulados y frescos, por entre las barras de la ventana en la prision de Cornelio, cuando de súbito se estremeció al oir pasos que subian la escalera y gritos que se acercaban á él.

Cási en el mismo momento, su cara se halló enfrente de la cara pálida y descompuesta de Rosa, y retrocedió palideciendo de espanto á su vez.

17